

# Amplificadores de los mensajes de ETA

El autor se muestra partidario de reducir drásticamente el desmesurado espacio que se dedica al terrorismo, incluidas las páginas de condenas rituales. “La beligerancia democrática”, dice, “no debe bloquear nuestro compromiso con la objetividad y la información contrastada”.

**JOSÉ LUIS BARBERÍA**

**H**emos sacado la cuenta de cuántas noticias –noticias de verdad, notificaciones de un hecho desconocido hasta entonces–, ha dado Batasuna en las tres últimas décadas? Pongámonoslo más fácil: ¿cuántas novedades ha ofrecido esta formación en sus compareencias de prensa a lo largo de los dos últimos años? Hagamos la cuenta que hagamos, tendremos que reconocer que no hay correspondencia posible entre el espacio que les hemos entregado en los medios de comunicación y las noticias que nos han aportado, sobre todo, si consideramos que, en realidad, la única noticia que nos interesa de ese mundo es, precisamente, ésa que no están dispuestos a darnos.

Deberíamos admitir que en esas con-

ferencias de prensa, sin noticias dignas de tal nombre, el espectáculo lo ponemos, frecuentemente, los periodistas que, en gran número, acudimos puntualmente a sus citas para recibir la última ración del discurso propagandístico del brazo político de ETA. Ese espectáculo, que alcanzó su apogeo durante la pasada tregua, en las ruedas de prensa prácticamente diarias de los jefes de Batasuna, no tendría tanta importancia si no fuera porque la habitual falta de novedades en estos actos no nos impide, casi nunca, regalarles a continuación un amplio espacio en la prensa, la radio y la televisión. ‘Ya que hemos estado ahí, vamos a dar algo’, nos decimos; ‘no vaya a ser que lo saque la competencia’. Así, en esta actitud tan

José Luis Barbería es corresponsal en el País Vasco de *El País*.

poco exigente, nos dejamos utilizar como amplificadores de sus mensajes. Deberíamos preguntarnos cuánto contribuyó nuestra falta de criterio a que Batasuna-ANV cosechara en las pasadas elecciones municipales y forales 185.000 votos, nulos incluidos.

Se puede argumentar, en parte, con razón, que la tregua de ETA disparó las expectativas y que en ese contexto era lógico que se les concediera una atención y un tratamiento informativo extraordinarios. Pero el problema es que, con los altibajos que se quieran, llevamos haciendo el mismo papel de correa de transmisión desde tiempos inmemoriales. Es como si no hubiéramos aprendido nada, como si no supiéramos que el desmesurado protagonismo que les concedemos tiene el efecto perverso de aumentar su ego hasta el infinito. Como si ignoráramos que en Euskadi hay una batalla ideológica permanente que se libra con los terroristas y con quienes contemporizan con ellos.

¿Se nos ha olvidado que los medios de comunicación no podemos ser neutrales puesto que formamos parte del sistema democrático y estamos comprometidos en la defensa de los derechos humanos que los terroristas tratan de destruir? Porque en el caso del terrorismo, la neutralidad indebida no consiste sólo en la transmisión acrítica del discurso exculpatorio de los crímenes, sino también la concesión de una atención inmerecida. ¿Por qué nos comportamos, a ve-

“El desmesurado protagonismo que les concedemos tiene el efecto perverso de aumentar su ego hasta el infinito”.

ces, como si el mensaje de los terroristas y sus amigos fuera una mercancía más destinada a excitar la atención de nuestros lectores? ¿No habíamos quedado, en línea con el Consejo de Europa y de tantos expertos, que los medios debíamos aceptar un cierto autocontrol y asumir nuestra obligación de no ayudar a los terroristas?

Por el contrario, ellos sí han aprendido a servirse de los medios y de las tecnologías de la información. Tienen sus propios medios de comunicación, pero éstos cumplen casi exclusivamente la función de cementar la cohesión interna en su espacio político. Al resto, nos necesitan para que labremos el camino que conduce al

desistimiento colectivo. Atención, no aspiran tanto a convencernos de la bondad de sus propuestas, como a que les apliquemos ese tratamiento aséptico, aceptado tácitamente por algunos de nuestros compañeros, que, invocando la imparcialidad profesional, consigue, precisamente, el efecto contrario a la mirada objetiva, en la medida en que ignora o amortigua las diferencias entre el terrorismo y la democracia.

Lo que buscan, por encima de todo, es recordarnos que son un problema, estar presentes en la actualidad política y social, en la agenda política y en las preocupaciones ciudadanas. Pretenden que les admitamos no sólo como gentes normales, sino más aún: como protagonistas excepcionales, actores principales del problema y de la solución del problema. Conviene no olvidar que en la ponencia *Txinaurriak* (hormigas) de KAS elaborada en 1995 para preparar el terreno al asesinato de periodistas (el “frente mediático”, que dicen ellos) explicaban que con esos atentados se trataba de conseguir “que los periodistas que ahora piden guerra, pidan luego soluciones”.

A lo largo de todos estos años, han aprendido a jugar perfectamente con la ansiedad colectiva, la nuestra particular y la que recreamos en el conjunto de la sociedad. Se sirven del morbo que despierta su ligazón con ETA y explotan nuestra sincera búsqueda de la paz, la necesidad de man-

tener viva la esperanza. ¿Han conseguido domesticarnos? Aceptamos con resignación que nos retiren el derecho a preguntarles en sus comparencias ante los medios –¿qué son las ruedas de prensa sino un espacio abierto a la preguntas?–, pasamos por alto que hayan impuesto el veto a una serie de periódicos y hasta nos disputamos sus declaraciones, como si alguna de ellas contuviera la verdad revelada. Han hecho de las hueras invocaciones al diálogo y a la paz un filón extraordinario que les permite revestirse con una pretendida pátina de honorabilidad. Les hemos convertido en personajes públicos y, de paso, también en expertos en el manejo de los medios, porque cultivan cada vez con mayor tino la escenografía y la oportunidad de sus actos.

Mientras ETA nos suministra el material fuerte, explosivo, criminal, ineludible informativamente por la impresión que produce en la sociedad y por lo que conlleva de amenaza latente, Batasuna nos aplica a diario un masaje argumental para indicarnos el camino de salida que deberíamos emprender. Después de tantos años de convivir informativamente con el fenómeno, hemos instaurado, casi estructuralmente, el subgénero del terrorismo –páginas consecutivas en los diarios con el cintillo común: ‘la situación en Euskadi’, ‘ofensiva antiterrorista’–, y lo alimentamos sin demasiado criterio, sin reflexionar sobre el espacio y el tratamiento.

La quema de un cajero bancario puede dar para dos columnas con foto, un acto de intimidación puede servir de portada, una declaración destemplada se puede elevar a titular. '¿No hay nada sobre ETA o Batasuna para este fin de semana?', preguntamos en temporada de sequía informativa. Hemos llegado al punto en el que el amarillismo y el sensacionalismo hacen también sus pinitos en esta materia tan escabrosa. Así, hemos visto a víctimas del terrorismo interrogadas sobre sus desgracias en programas televisivos del corazón.

De la misma manera que ETA trata de imponer un lenguaje construido con términos militares y jurídicos como 'lucha armada', 'impuesto revolucionario', 'presos políticos', 'cárceles de exterminio', 'en nombre del pueblo vasco'... para darse categoría e importancia y camuflar sus naturaleza criminal, también Batasuna se disfraza de sociedad civil, y se apropia, por ejemplo, del término izquierda *abertzale*, para ocultar su dependencia orgánica del terrorismo. Si no hay atentados, se encarga de suministrarnos la mercancía adecuada para que la atención no decaiga. El caso es alimentar el morbo, seguir estando presentes como problema, dar que hablar, que escribir, que filmar. Concentraciones de familiares de los presos, encarteladas de protesta; cualquier cosa les sirve de atrezo para dar color y originalidad a sus actos teatralizados con esmero.

Pero, volvamos al principio, ¿dón-

Hemos llegado al punto en el que el amarillismo y el sensacionalismo hacen también sus pinitos en esta materia tan escabrosa.

de están las noticias? No soy partidario del apagón informativo –los hechos son sagrados–, pero sí de reducir drásticamente el desmesurado espacio que dedicamos al terrorismo, e incluyo aquí las páginas de condenas rituales que acompañan a los atentados. ¿Tiene sentido que recabemos decenas de reacciones entre los personajes públicos, que redundemos innecesariamente en lo que cualquier ciudadano bien nacido piensa y siente en esos momentos? Se puede pensar que las grandes palabras de ocasión, como 'es un atentado inútil', 'ETA está ciega, camina hacia su fosa', 'acaba de cerrar la puerta del diálogo para siempre', y sentencias de

## Curso de verano de El Escorial 'Democracia versus terrorismo' (2)

este tenor responden a la necesidad catártica de consolar y reafirmar a la sociedad en momentos difíciles, pero producen sonrojo ajeno, por reiteradas y falsas cuando se repasan las hemerotecas.

Creo que la beligerancia democrática no debe bloquear nuestro compromiso con la objetividad y la información contrastada. Tenemos la obligación de informar, pero debemos ser claros –una cualidad que me parece imprescindible en el periodismo–, y contextualizar la información sin reducir nunca nuestro umbral crítico, tampoco ante las recetas antiterroristas del Gobierno de turno. Todo esto requiere un periodismo mucho más exigente y preciso, que distinga entre la información y la propaganda, que pondere el espacio y el tratamiento informativos.

En lo posible, deberíamos huir de la textualidad de sus declaraciones y comunicados porque la difusión máxima en sus términos es un fin pretendido por ellos. El exceso de información produce, además, el efecto perverso de normalizar la presencia del terrorismo y de exagerar el peligro por encima de la realidad, al tiempo que adormece conciencias y facilita la impresión, buscada por los terroristas, de que todo lo que se haga contra ellos resultará inútil.

El espacio es una enorme baza que le regalamos a ETA porque les fortalece en la medida en que multiplicamos artificialmente su capacidad de con-

dicionar nuestras vidas. Tampoco se trata, pues, de exagerar su capacidad de presión. Explicar el comportamiento de la sociedad vasca como fruto exclusivo de la dictadura del miedo es suministrar una versión facilona, superficial y equívoca, si no deslindamos escrupulosamente los campos del miedo, si no abordamos la complejidad del fenómeno. ¿Es razonable que cuando ETA dice que va a volver a matar mostremos en la televisión al alcalde de un pueblo de Madrid manifestando sus temores a ser asesinado? ¿No estamos multiplicando artificiosamente su amenaza, abonando por adelantado el peaje del terror?

Yo no veo ninguna reflexión auto-crítica en los medios, ni conozco tampoco iniciativas destinadas a favorecer el autocontrol y la autodisciplina, pero creo que lo que deberíamos hacer es ponerle a ETA y Batasuna el exigente listón de la noticia, la de la verdadera noticia, la que todos buscamos y ellos administran con tanta habilidad, sin llegar nunca a otorgárnosla. Apliquémosles la vara de medir de los hechos cuando nos hablan de paz y diálogo. No ejerzamos de correa de transmisión acrítica, ni de amplificadores exagerados de los mensajes de horror, no les regalemos gratuitamente un espacio tan valioso, a cambio de una mercancía averiada. Estoy convencido de que, al menos en esta materia, la sociedad no demanda espectáculo morboso, frivolidad o engaño, sino claridad, veracidad y rigor. ❖